



José María Prada: HA MUERTO UN ACTOR

DIEGO GALAN

HAY unos datos objetivos para precipitar en unas notas la vida y obra de José María Prada, actor, que ha muerto este último fin de semana en Bilbao cuando regresaba de Roma de haber intervenido en la última película de Fellini: nació en Ocaña (Toledo) hace cincuenta y tres años, estudió Medicina y no llegó a acabar la carrera al dedicarse —en aquel lejano y mítico TEI— a hacer teatro. "Tres sombreros de copa", de Mihura, fue la primera obra en la que actúa. Puede añadirse que recibió varios premios (el Nacional de Teatro por "Ricardo III", el Srn Jorge por "La Caza", placa de San Juan Bosco por su actividad en TVE durante 1967, el del Círculo de Escritores Cinematográficos por "La tía Tula")...

Pero hay otros juicios que no pueden responder a la frialdad del dato. Los que corresponden a la calidad de José María Prada y, lo que es aún más importante, a su continua y viva necesidad de experimentación. Pocos actores en España han tenido su generosidad y valentía para estar presentes en los momentos difíciles o en situaciones que no tenían claro su futuro. Recordar, por ejemplo, su último trabajo en teatro es significativo. Fue en "Lección de anatomía", donde con otro grupo de actores (todos más jóvenes que él), Prada se prestaba a la renovación de un lenguaje teatral, a la búsqueda experimental de un espectáculo que se basaba sólo en el coraje de sus intérpretes, desnudos físicamente en escena, pero desnudos también en sus emociones, en sus vivencias, en sus razones más ocultas. Sólo con actores de la calidad de José María Prada —que, a su edad, según otros, debía recluírse en la reproducción continua e impersonal de viejos "tics" conservadores— podía el teatro español quitarse las telarañas y respirar de nuevo.

Y José María Prada estuvo presente en las películas que tenían en su momento la misma misión de renovar los esquemas tradicionales. Ya es sintomático que apareciera por primera vez en "Cómicos", de Juan Antonio Bardem. Y no lo es menos que "El verdugo", de Berlanga, fuera su segunda película, y que sus grandes interpretaciones estuvieran situadas en el cine de unos directores jóvenes que querían cambiar la memez por la inteligencia: "La tía Tula", donde Prada interpretaba a ese sacerdote tradicional, pero inteligente, que veía con lucidez los problemas de la protagonista. Inolvidable la secuencia de la confesión, con aquel tono suave al hablar, con una violencia soterrada, que Prada y Aurora Bautista interpretaban

esfuerzo. Como más tarde se ignoró el de "Lección de anatomía", como se han ignorado tantos y tantos...

Adolfo Marsillach confió en Prada, y era raro no verte incluido en sus repartos cuando Marsillach dirigía una obra en teatro. "Aguila de blasón", donde Prada era el lebril del marqués de Bradomin y conducía sigilosamente a Gemma Cuervo por una escalera, engañándola, seduciéndola, en una escena hermosísima que devolvía al teatro español esa difícil estética de Valle-Inclán, la dignidad de ese

apariencia, sensible e infantil en la intimidad con su madre, violento y tierno, podía servir de ejemplo de la valla de este actor, de un físico preciso y rotundo, apto para adaptarse a cualquier personaje, pero, sobre todo, para acercarse a la representación de un español típico. Porque en Prada se daba esa facilidad de parecer cotidiano o transformarse si quería en un ser mítico. Y ahora se ha muerto y da una rabia inmensa no haberle podido decir lo que de verdad valía y la cantidad de veces que una actuación suya ha emociona-



José María Prada en dos de sus caracterizaciones: en la película "La caza", de Carlos Saura, y en "El Tartufo", de Molière.

magistralmente. "Ditirambo", de Gonzalo Suárez; "De cuerpo presente", de Echeiza; "La caza", de Saura; "Oscuros sueños de agosto", de Picazo; "Vivan los novios", de Berlanga...

La vi en teatro por primera vez interpretando una comedia casi musical junto a López Vázquez y Amparo Soler Leal; "Amooooor", de Shisgal. Y me sorprendía que los actores españoles tuvieran la vivacidad y el entusiasmo que aquel trío demostraba en escena, con un sentido del humor que difícilmente podía mantenerse en una profesión que ignoraba ese

continuo reto que supone el teatro del maléfico y genial gallego. Y en los grandes aciertos de Marsillach, allí estaba Prada, en un papel en ocasiones secundario y en otras compartiendo la cabecera con él. En la época de "Marat-Sade", de Peter Weiss, o en la polémica versión de "Tartufo", de Molière, estaba Prada. Como volvió a estar con Adolfo en esta discutidísima obra de Arrabal, "El arquitecto y el emperador de Asiria", que nunca se vio representada en Madrid.

El militar obseso y reprimido de "Ana y los lobos", duro y seco en

do o ha hecho reflexionar. Quizá también para haberle podido comentar las ocasiones en que su trabajo rozaba el histrionismo o perdía sus mejores cualidades. Hubiera sido necesario decirselo, en esos momentos, sobre todo en los que la carrera de un actor se hace difícil, se llena de renuncias (José María Prada hizo también algún "spaghetti western", como casi todo el mundo de esa profesión). Es irritante que estas cosas no se digan, que se haya perdido la necesidad de estimular a otros. Prada, en cambio, lo hacía. Me consta. ■